

LUCRECIA

¡Ay de mí!

EL CONDE, con voz lúgubre.

Dos horas antes de llegar yo, mi adorado hijo había muerto. Agravóse su enfermedad en aquellos días. El no hacía caso... Un tremendo acceso de disnea, el espasmo... la muerte. Todo en unas cuantas horas... (Llora. Pausa.) Murió en el cuarto de una fonda... vestido sobre la cama... mal asistido de gente mercenaria... ¡Jesús... qué dolor!...

LUCRECIA, muy conmovida, sollozando.

¡Oh! Señor Conde, aunque usted no lo crea, yo le amaba...

EL CONDE, iracundo, limpiándose las lágrimas.

¡Mentira! Si le amaba usted, ¿por qué no corrió á su lado al saber que estaba enfermo?

LUCRECIA, sin saber qué decir.

Porque... no sé... Complicaciones de la vida que no puedo explicar en breves palabras. Yo...

EL CONDE

Déjeme concluir... Fácilmente comprenderá mi desesperación al encontrarle muerto. ¡No escuchar de sus labios explicaciones que sólo él podría darme! Terrible cosa era perderle; pero más terrible aún verle yerto, frío, mudo para siempre, como le vi yo... y no poder consolarle, no poder decirle: «cuéntame tus martirios, y tu

padre te contará los suyos». (Cruza las manos, sollozando.) ¡Oh, pena inmensa, agonía lenta de mi vejez, más espantosa que cuantos males en todo tiempo sufrí! Verle cadáver, hablarle sin obtener respuesta, sin que á mis caricias respondiese con un gesto, con una mirada, con una voz. ¡Y sabiendo yo el infinito dolor que amargó sus últimos días, ver que todo se lo llevaba, todo, al abismo del silencio, la muerte, sin darme una parte, un poco del dolor suyo, que era su alma!... (La Condesa, agitada y poseída de profunda emoción, llora apretándose el pañuelo contra los ojos.) ¡Horrible, pavoroso!... Usted no tiene corazón y no sabe lo que es esto. (La ve llorar. Pausa.) ¡Qué hermoso sería que en este instante pudiéramos llorar usted y yo por aquel ser querido!... (La Condesa da algunos pasos hacia él; están á punto de abrazarse... vacilan... El Conde la rechaza secamente.) No... Tú, no... usted, no.

LUCRECIA

Sinceras son mis lágrimas.

EL CONDE

Naturalmente... Viendo mi pena... No es usted de bronce, no es usted una fiera... Pero no, no sostenga que amaba á su esposo; al hombre que se ama no se le engaña solapadamente, pisoteando su honra, y arrojando al escándalo y á la befa del público su nombre sin tacha. (La Condesa inclina la cabeza, y fijos los ojos en el suelo, no dice nada.) Al fin calla usted. Ahora, ahora veo á la desdichada Lucrecia en el único terreno en que debe ponerse, que es el de la resignación sumisa, esperando un fallo de justicia. (Pausa.) ¿De-

clara usted que su conducta con mi hijo, al menos en determinadas épocas de su vida, no fué buena?

LUCRECIA, tímidamente.

Lo declaro... Pero algo debo decir en descargo mío...

EL CONDE

Ya escucho.

LUCRECIA

Mis desavenencias con Rafael son antiguas.

EL CONDE

Lo sé... Datan de los primeros años del matrimonio, porque usted, penoso es decirlo, no hubo de esperar mucho tiempo para lanzarse por mal camino. ¿Lo niega usted?

LUCRECIA, cohibida, abrumada, queriendo y no queriendo decirlo.

Acusada con tanta fiereza, no acierto á buscar razones, que algunas hay siempre en estos casos, para disculparme.

EL CONDE]

Búsquelas usted... pero antes, ¿reconoce sus faltas?

LUCRECIA, con gran esfuerzo.

Las reconozco. Sería una hipocresía indigna de mí negarlas en absoluto. Pero...

EL CONDE

¿Pero qué...?

LUCRECIA

Digo que Rafael, llevándome desde el principio, contra mi gusto, á la esfera social más favorable á la relajación del vínculo matrimonial, contribuyó á perderme. Me vi rodeada de gente frívola, de aduladores, de personas sin conciencia...

EL CONDE

¡Sin conciencia! Tuviérala usted, ¿y qué le importaban los demás?

LUCRECIA, premiosa.

En aquel ambiente no supe ó no pude combatir el mal. A mi lado no tenía un censor severo de mi propia debilidad, un guardián vigilante...

EL CONDE

Difícil es guardar á la que guardarse no quiere.

LUCRECIA, batiéndose desesperadamente.

¡Oh, señor Conde: si hubiera usted encontrado vivo á su hijo, si hubiera podido escuchar de sus labios la confidencia ó confesión que deseaba... estoy segura de ello, Rafael, que era sincero y justo, habría tenido la generosidad, la rectitud de decirle: «no sólo es ella culpable; yo también...»!

EL CONDE

No lo habría dicho, no.

LUCRECIA, con firmeza.

Creo, como ésta es luz, que Rafael, al juzgarme, no habría sido extremadamente duro.

EL CONDE

Fué, más que duro, implacable.

LUCRECIA

¿En sus últimos momentos?

EL CONDE

En sus últimos momentos: fijese usted en lo que afirmo.

LUCRECIA, con estupor.

Pero si acaba usted de decirme...

EL CONDE

Que le encontré muerto... sí.

LUCRECIA

Entonces... (Pausa. Ambos se miran.)

EL CONDE

Los muertos hablan.

LUCRECIA, con terror.

¡Y Rafael...! (Vacilante entre la incredulidad y un miedo supersticioso.)

EL CONDE

Desesperado, loco, permanecí... no sé cuántas horas... ante el cadáver de mi pobre hijo, sin

darme cuenta de nada que no fuera él y el misterio inmenso de la muerte. Pasado algún tiempo, empecé á fijar mi atención en lo que me rodeaba, en sus ropas, en los objetos que le pertenecieron, en los muebles que había usado, en la estancia... (Pausa. La Condesa le escucha con ansiosa expectación.) En la estancia había una mesa con varios libros y papeles, y entre ellos una carta...

LUCRECIA, temblando.

¡Una carta...!

EL CONDE

Sí. Rafael estaba escribiéndola á las tres de la madrugada, cuando se sintió mal. Vino bruscamente la muerte, le atacó con furia, ¡ay!... El infeliz llamó; acudieron... Se le prestaron los auxilios más perentorios... Todo inútil... La carta allí quedó medio escrita... Allí estaba ¡hablando... y viva! hablando... ¡era él!... La lei sin cojerla, sin tocarla, inclinado sobre la mesa, como me habría inclinado sobre su lecho si le hubiera encontrado vivo... La carta dice...

LUCRECIA, casi sin aliento, la boca seca.

¿Era para mí?

EL CONDE

Sí.

LUCRECIA

Démela usted. (El Conde deniega con la cabeza.)
¿Pues cómo he de enterarme...?

EL CONDE

Basta que yo repita su contenido. La sé de memoria.

LUCRECIA

No basta... Si me acusa, necesito leerla, reconocer su letra...

EL CONDE

No es preciso. Yo no miento. Bien lo sabe usted... Principia con un párrafo de amargas quejas que pintan la discordia matrimonial, lo inconciliable de los caracteres. Siguen estos gravísimos conceptos (repitiéndolos palabra por palabra): «Te anuncio que si no me envías pronto á mi hija la reclamaré. Quiero tenerla á mi lado. La otra... la que, según declaración tuya en la desdichada carta que escribiste á Eraul, y que pusieron en mi mano sus enemigos... no es hija mía... te la dejo, te la entrego, te la arrojo á la cara...» (Pausa silenciosa.)

LUCRECIA, con estupor, que casi es embrutecimiento.

¿Eso decía... eso dice...?

EL CONDE

Esto dice... (Repitiendo con pausa.) «La otra... la que no es mi hija, te la dejo, te la entrego, te la arrojo á la cara.» Y luego añade: «Ya sabes que lo sé. No puedes negármelo... Tengo pruebas.»

LUCRECIA, buscando una salida.

¡Pruebas!... ¡Quiero ver la carta!

EL CONDE

¿Duda usted de lo que digo...?

LUCRECIA

No lo dudo... no sé... Pero la carta puede ser falsa. La escribiría algún enemigo mío para vilipendiarme.

EL CONDE, con ademán de sacar la carta.

La escribió mi hijo.

LUCRECIA, espantada.

No, no quiero verla... ¡Qué abominación!

EL CONDE

Luego, usted niega...

LUCRECIA, maquinalmente.

Lo niego.

EL CONDE

Y yo ¡necio de mí! esperaba encontrar en usted la suficiente grandeza de alma para revelarme toda la verdad, sin ocultar nada, única manera de obtener el perdón. Llevado de este noble anhelo, solicité la entrevista, y aspiraba y aspiro á que la infeliz Lucrecia complete su revelación diciéndome...

LUCRECIA, en el colmo del terror.

¿Qué... qué más...?

EL CONDE, con austera frialdad.

Diciéndome... cuál de sus dos hijas es la que usurpa mi nombre, la que simboliza y personifica mi deshonor.

LUCRECIA

¡Infame idea!... No, no es verdad.

EL CONDE, repitiendo las graves palabras.

«Ya sabes que lo sé!... No puedes negármelo.»

LUCRECIA, decidida á la negativa, y negando con ahinco.

Lo niego... Es falso...

EL CONDE

¿Niega usted que hizo... á Carlos Eraul, pintor, muerto hace un año... la grave revelación que ahora le pido?

LUCRECIA, vivamente, sin poder contenerse.

¿La tiene usted?

EL CONDE

Luego existe...

LUCRECIA, volviendo sobre sí.

Quiero decir que si la tiene usted, si posee algún papel que me comprometa, será falso... habrán imitado mi letra.

EL CONDE

Como no puedo mentir, diré que no poseo ese precioso documento. Lo he buscado inútilmente entre los papeles de mi hijo.

LUCRECIA, respirando.

Todo esto es una farsa, una impostura, de la cual no culpo á nadie... sólo acuso á mi destino.

EL CONDE

Ya que no satisface usted mi anhelo de la verdad, conteste al menos á esta otra pregunta: ¿Ama usted lo mismo á las dos niñas?...

LUCRECIA, rabiosa, paseándose muy agitada.

No, lo mismo no... digo, sí... á las dos igual... Deseche usted esa torpe idea.

EL CONDE

Antes hará usted del día noche y de la noche día, que conseguir arrancarme de la mente la idea de que lo escrito por mi hijo es la pura verdad. (Con autoridad severa.) Dígame usted pronto, cuál de esas dos adorables niñas es la falsa... ó cuál la verdadera: es lo mismo. Necesito saberlo, tengo derecho á saberlo, como jefe de la casa de Albrit, en la cual jamás hubo hijos espúreos, traídos por el vicio. Esta casa histórica, grande en su pasado, madre de reyes y príncipes en su origen, fecunda después en magnates y guerreros, en santas mujeres, ha mantenido incólume el honor de su nombre. Sin tacha lo he conservado yo en mi esplendor y en mi miseria... No puedo impedir hoy, ¡triste de mí! este caso vergonzoso de bastardía legal; no puedo impedir que la ley transmita mi nombre á mis dos herederas, esas niñas inocentes. Pero quiero hacer en favor de la au-

téntica, de la que es mi sangre, una exclusiva transmisión moral. Esa será la verdadera sucesora, esa será mi honor y mi alcurnia en la posteridad... La otra, no. Falsa rama de Albrit, la repudio, la maldigo... maldigo su extracción villana y su existencia usurpadora.

LUCRECIA

Por piedad... No puedo más. (Cae en el sillón consternada, sollozando. Pausa larga.)

EL CONDE

Lucrecia, ¿reconoce usted al fin la razón que me asiste?... Llorá usted... (Creyendo que los procedimientos de suavidad serán más eficaces.) Sin duda expongo mis quejas con demasiada severidad; sin duda interrogo con altanería... No puedo vencer la fiereza de mi carácter. Perdóneme usted. (Con dulzura.) Ahora no mando... no acuso... no soy el juez... soy el amigo... el padre, y como tal suplico á usted que me saque de esta horrible duda. (La Condesa calla mordiendo su pañuelo.) Valor... Una palabra me basta... Después de oírla no he de decir nada desagradable... La verdad, Lucrecia, la verdad es lo que salva.

LUCRECIA, que después de horrible lucha, se levanta bruscamente, y desesperada y como loca recorre la estancia.

¡Oh, no puedo más!... ¡Un balcón abierto para arrojarme!... Huir, volar, esconderme... Este hombre me mata... ¡Favor!

EL CONDE

Bueno, bueno... Veo que no quiere usted entrar en razón... ¿No me contesta?

LUCRECIA, con fiereza, con resolución inquebrantable, parándose ante él.

¡Nunca!

EL CONDE

¿De veras?

LUCRECIA, con más energía.

¡Nunca!... ¡Antes morir!

EL CONDE

Bien. (Se sienta, calmoso.) Pues lo que usted no quiere decirme, yo lo averiguaré.

LUCRECIA

¿Cómo?

EL CONDE

¡Ah!... yo me entiendo.

LUCRECIA

Está usted loco... Su demencia me inspira compasión.

EL CONDE

La de usted, á mí no me inspira lástima. No se compadece á los seres corrompidos, encenagados en el mal.

LUCRECIA, iracunda.

Continúa injuriándome, ¡á mí, á la viuda de su hijo!

EL CONDE, levantándose altanero.

La que me habla no es la viuda de mi hijo, pues aunque la ley, una ley imperfecta, así lo dispo-

ne, por encima de esa ley está la autoridad moral del jefe de la familia de Albrit, que la coge á usted, y la arranca, como cosa extraña y pegadiza, y la arroja á la podredumbre en que quiere vivir.

LUCRECIA, furiosa, descompuesta.

¡Albrit!... raza de locos... caballería burlesca... honor de bambolla para encubrir la mendicidad. ¡Qué sería del viejo león si yo no le amparase! Soy generosa, le perdono sus injurias, y cuidaré de que no muera en un hospital, ó arrastrando su melena gloriosa por los caminos.

EL CONDE, con supremo desdén.

Lucrecia Richmond, quizás Dios te perdone. Yo... también te perdonaría... si pudieran ir juntos el perdón y el desprecio.

LUCRECIA, dirigiéndose á la puerta.

Basta ya. (Á las niñas, que entreabren la puerta, sin atreverse á entrar.) Podéis pasar.

ESCENA VI

NELL y DOLLY, que corren á abrazar á su madre; tras ellas GREGORIA y VENANCIO. Poco después EL CURA y EL MÉDICO.

LUCRECIA

Prendas queridas, dadme mil besos. (Se besan.)

NELL, observándole el rostro.

Mamita, tú has llorado.

DOLLY

Estás sofocadísima...

LUCRECIA

El abuelo y yo hemos evocado recuerdos tristes.

NELL, mirando al Conde, que permanece sentado, inmóvil.

También el abuelito ha llorado. (Se acerca.)

EL CONDE

Venid... abrazadme... ¡Os quiero tanto!

(Las dos acuden á él, y le abrazan y besan, cada una por un lado.)

LUCRECIA, hablando aparte con Gregoria y Venancio.

Le atenderéis, le cuidaréis como á mí misma. Pero no dejéis de vigilarle siempre, siempre...

DOLLY, al Conde.

Esta tarde pasearemos.

EL CONDE

Sí, sí: no me separaré de vosotras... Charlaremos, estudiaremos.

NELL

Nos enseñarás la Aritmética, la Historia...

EL CONDE

La Historia... No, esa vosotras me la enseñaréis á mí. (Entran por el foro el Cura y el Médico; ambos se dirigen á la Condesa.)

EL CURA

¿Qué tal? ¿Tenemos reconciliación?

LUCRECIA, en voz baja.

Calle usted... Encargo mucha vigilancia... (Al Médico.) Y á usted, Sr. Angulo, no me cansaré de recomendarle que le observe bien. (Dando á entender que padece desvarío mental.)

EL CURA

Señor Conde... (Le saluda y sigue á su lado. Á bastante distancia se agrupan la Condesa, el Médico, Gregoria y Venancio.)

EL MÉDICO

Descuide usted... Le observaremos...

LUCRECIA

Y á mi regreso dispondré...

EL MÉDICO

¿Pero insiste usted en dejarnos hoy?

LUCRECIA

Volveré pronto... (El Médico pasa á saludar al Conde, y el Cura vuelve al lado de Lucrecia.)

EL CURA, en voz baja á la Condesa.

No se vaya usted.

LUCRECIA

Tengo que estar en Verola hoy mismo. Es para mí... no sé cómo decirlo... cuestión de vida ó muerte. Adiós.

NELL

Mamita, ¿te acompañamos á tu casa, ó nos quedamos un rato con el abuelo?

LUCRECIA

Como queráis.

DOLLY

No, no: decídelo.

LUCRECIA

Lo que el abuelo disponga.

EL CONDE

Me parece natural que si vuestra mamá se va esta tarde, estéis á su lado hasta la hora de partir. (Besa á las niñas.) ¡Oh! no os veo bien, no os distingo; me parecéis una sola...

EL MÉDICO

¿Qué? ¿La vista no anda bien?

EL CONDE. (Se levanta.)

Mal estamos hoy... Toda la mañana he notado una obscuridad, una vaguedad en los objetos... (Mirando en derredor, con ojos que se esfuerzan en ver.) No veo nada... apenas distingo... (Fijándose en la Condesa que, altanera, le clava la mirada.) No veo bien más que á Lucrecia... á esa, sí... la veo... allí

está... Mi ceguera creciente no me permite ver más que las cosas grandes... el mar, la inmensidad... y ella es grande... enorme... la veo... como el mar... Es otro mar, un mar de... de... de... (Su voz se extingue. Queda inmóvil y rígido. Profundo silencio. Todos se miran.)

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

NELL, DOLLY, D. PÍO CORONADO, sentados los tres alrededor de una mesa de estudio, donde se ven papeles, tintero, libros de texto.

Es el maestro de las niñas de Albrit un anciano de estatura menguada, muy tieso de busto y cuello, y algo dobladito de cintura, las piernas muy cortas. La expresión bonachona de su rostro no lograron borrarla los años con todo su poder, ni los pesares domésticos con toda su gravedad. Guiña los ojuelos, y al mirar de cerca sin anteojos, los entorna, tomando un cariz de agudeza socarrona, puramente superficial, pues hombre más candoroso, puro y sin hiel no ha nacido de madre. Un rastrojo de bigote de varios colores, recortado como un cepillo, cubre su labio superior. Viste con pobreza limpia anticuadas ropas, recompuestas y vueltas del revés, atento siempre al decoro de la presencia en público.

Maestro de escuela jubilado, desempeñó con eficacia su ministerio durante treinta años, distinguiéndose además como profesor privado de materias de la primera y segunda enseñanza. Su defecto era la flojedad del carácter, y la tolerancia excesiva con la niñez escolar. Sabía el hombre todo lo que saber necesita un maestro, y algo más; pero con la edad y las inauditas adversidades que le agobiaban, fué perdiendo los papeles, y hasta la afición. Su ca-